

EL OFICIO POLÍTICO
LA ÉLITE GOBERNANTE EN MÉXICO
(1946-2020)

Rogelio Hernández Rodríguez



EL COLEGIO DE MÉXICO

ÍNDICE

Agradecimientos	9
Introducción	11
I. La política y las instituciones (1946-1982)	23
Las instituciones.	23
El aprendizaje político	31
La perspectiva nacional.	42
Educación y visión cultural	49
El reclutamiento	66
II. Economía y modernización (1982-2000)	69
Economía y política.	70
Las condiciones del ascenso político	79
Trayectoria y perspectiva nacional.	89
Formación académica y visión cultural	96
El proyecto modernizador	111
III. La alternancia y la política desde los estados (2000-2018)	123
El panismo victorioso	125
El regreso del PRI	158
IV. Conflicto y política	177
Negociación y decisión	178
Experiencia y oficio.	181

Los recursos	186
Estabilidad y cambio político	192
El atropellado camino hacia la modernidad	198
Los desafíos de la alternancia	212
El agotamiento priista	219
Habilidades cuestionadas	227
V. De la política como profesión a la ideología	233
Ideología y política	236
La reivindicación de la ideología del bienestar	244
La izquierda, el bienestar y el nacionalismo revolucionario	248
El político-agitador	252
Una élite para el líder.	258
Educación y visión cultural	264
De vuelta al dilema: idea sin proyecto	273
La inexperiencia de la nueva élite	276
Nota metodológica	283
Bibliografía	287

INTRODUCCIÓN

La política es un tema siempre atractivo, tanto para filósofos y teóricos como para intelectuales y académicos y, desde luego, para quienes se ocupan de ella y la convierten en su actividad cotidiana, su profesión. Pero el tratamiento de la política encierra una paradoja singular. Por una parte, cuando es un tema de reflexión, propio de los pensadores, se vuelve una actividad noble, con propósitos de ordenamiento, civilizatorios, que les permite conseguir beneficios a los ciudadanos, pues, casi por definición, es el principal recurso de los individuos para vivir en sociedad, porque la propia naturaleza humana, egoísta e interesada en el beneficio particular, hace imposible la convivencia: implica una competencia que puede conducir a enfrentamientos y a la permanente violencia. De ahí surge el mejor atributo de la política: su capacidad de crear las condiciones que permiten la vida en común, reglas, medios de conducta y valores no sólo para la vida en relativa armonía de los seres humanos, sino también para originar fuentes de beneficios colectivos; es así que la política se vuelve útil y puede adquirir características favorables. Por la otra parte, si la mirada abandona la reflexión abstracta y se dirige hacia las personas que la ejercen, así como a su desarrollo práctico en la vida cotidiana, los aspectos positivos desaparecen y dan paso lo mismo a los intereses de grupos y líderes, nada útiles para la sociedad, que a conductas reprochables, como la corrupción, el control social y el sometimiento de los individuos mediante la manipulación de las instituciones.

Basta con quitar la atención del pensamiento y ponerla en la realidad para que la política deje de ser un recurso útil y benéfico y se convierta en una práctica, por principio, condenable. Como bien advierte Ortega y Gasset, la sociedad espera que el político sea un gran estadista, pero también una buena persona: se le impone ese atributo y se le censura porque no lo posee realmente.¹

Lo anterior no es para nada incomprensible, porque la política tiene diferentes sentidos y, sin duda, pierde valores cuando pasa del deber ser abstracto que le da la teoría a la realidad que crean quienes la practican. De los propósitos fundamentales que debe cumplir se pasa a las manifestaciones reales de su aplicación, muchas de ellas nada plausibles. Por un lado, se encuentran las más condenables, que resultan del acceso directo al poder y los recursos económicos, uno para someter a los ciudadanos y otros para el enriquecimiento personal; ninguna de ellas puede mostrarse como una prueba de que el poder *público* sirve para fines sociales. Por el otro, en el ejercicio de la política hay asimismo una parte criticable relacionada con un elemento sustantivo de su naturaleza, lo que resulta delicado, pues deriva de su obligación de tomar decisiones no siempre en términos éticos y que, a los ojos de las personas comunes, muestran insensibilidad y egoísmo. Lo primero puede resumirse en corrupción, con frecuencia indisolublemente asociada a la política, pero lo segundo, como lo dijo en su momento Max Weber, es resultado de que la política está por completo alejada de cualquier principio moral, porque quien la desarrolla debe estar dispuesto a tomar decisiones y asumir consecuencias no siempre bien vistas. Es el pacto con el diablo, como bien lo afirmara el autor.

Si bien este dilema entre política como propósito y como práctica es aplicable a cualquier país, en México tiene conno-

¹ José Ortega y Gasset, "Mirabeau o el político", en *Obras completas*, tomo III (1917-1928), de acuerdo con la edición de la Revista de Occidente, EPUB, Tritivillus, Madrid, 2017, p. 301.

taciones particulares. La política se identifica con los políticos que la pusieron en marcha desde el siglo pasado, y no hay forma de separarla del priismo como organización partidaria, pero también como conjunto de gobiernos y personajes, lo mismo presidentes de la república que líderes de todo tipo. Sus acciones y su comportamiento han determinado la política del país y la han convertido, en los hechos, en un sinónimo de la política. Con el argumento de que la hicieron los priistas, se han asociado las características de la política con la manera en la que ellos la realizaron, en especial, con todos aquellos hábitos y actividades condenables. Desde esta perspectiva, la política no sólo ha perdido sus cualidades, sino que se ha convertido en una única versión posible que, se supone, es invariable y que todos los políticos comparten, no importa su identificación partidaria o ideológica.

Y tal interpretación es tan vieja como el propio sistema mexicano. Desde los primeros estudios, en su inmensa mayoría elaborados por analistas estadounidenses, se describió a los políticos —el grupo gobernante, la élite política— como un cuerpo cerrado, de oscuras prácticas internas, dirigido por un jefe, siempre el presidente de la república, al que fielmente seguía un reducido grupo de individuos formado inmediatamente después de la Revolución, que heredaba tanto el liderazgo como la pertenencia grupal y, desde luego, no tenía otro interés que mantener el poder en su provecho, utilizar los recursos disponibles en su beneficio y emplear las instituciones para su propia preservación. Esta imagen, cercana a lo caricaturesco, fue elaborada como *familia* o *coalición revolucionaria*, dependiendo del autor, desde los años sesenta del siglo pasado, significativamente la década en la que el país transitaba por el desarrollo económico y la estabilidad política.²

² Los autores de esta lamentable simplificación fueron Frank Brandenburg, *The Making of Modern Mexico*, Prentice Hall, Englewood Cliffs, 1964, y Vincent L. Padgett, *The Mexican Political System*, Houghton Mifflin Co., Boston, 1966.

La percepción prácticamente no cambió nada en los años siguientes. Peor aún, los pésimos resultados económicos y políticos obtenidos a fines de los años sesenta y que dominaron la década siguiente parecían darle la razón a esa interpretación: economía en crisis, sociedad desigual, inequidad en todos los rubros y una apropiación del poder por parte de una clase política, priista en todos los campos, que impedía a toda costa la competencia y la participación. Este grupo de priistas, que se había sucedido sin interrupción desde los años veinte, mantenía un proyecto económico con pocos resultados para la mayoría de la población, pero benéfico para la iniciativa privada. El mejor ejemplo de cómo se fortaleció esta interpretación se encuentra en el libro, referente obligado por más de una razón, de Roger Hansen, *La política del desarrollo mexicano*, publicado en inglés y en español en 1971 (extraña y significativa simultaneidad, que en sí misma revela la importancia dada entonces al texto para los análisis políticos en ambos países), el cual titula el capítulo destinado a analizar a la élite política, al gobierno y al PRI como la “cosa nuestra”, nada sutil referencia a las mafias.³

Tales interpretaciones crearon una verdadera escuela en los analistas mexicanos que tuvo una singular inclinación a convertir casos particulares en muestras prototípicas y generalizables de los políticos. Los comportamientos y acciones de algunos de ellos, en especial los presidentes, se convirtieron en las características distintivas de los políticos, a fin de cuentas, siempre priistas. Uno de los mejores ejemplos de esta escuela es la interpretación que Daniel Cosío Villegas hizo del sistema político y del presidente. En uno de sus más famosos libros sentencia que en la política mexicana no funcionan las instituciones, las leyes, los partidos, los poderes establecidos, los sindicatos, etcétera, y que por ello el presidente “tiene un poder inmenso” a la disposición de sus caprichos y personalidad, lo cual, por supuesto,

³ Roger D. Hansen, *La política del desarrollo mexicano*, Siglo XXI, México, 1971, pp. 129-173.

termina en una alta dosis de arbitrariedad.⁴ El libro, publicado en 1974, está claramente influido por el presidente Echeverría, por sus acciones, declaraciones y conflictos, pero Cosío no se detiene en las circunstancias ni se pregunta si ellas, incluido el personaje, se limitan al momento, sino que convierte ese comportamiento en el modelo de gobernante: caprichoso, arbitrario, sin otro interés que aplicar ese “inmenso poder” existente sin instituciones. Interpretaciones de esta naturaleza no admiten a la política como práctica útil, con objetivos y propósitos de desarrollo, beneficio y convivencia social, sino que la describen como un simple grupo de interés, dirigido por un líder sin escrúpulos, donde prima el enriquecimiento particular, pero ninguna virtud que deba destacarse, de la élite ni de la propia política.

La asociación hecha entre política, priismo y prácticas condenables dio como resultado que el estudio de la élite se abandonara. Parecía suficiente decir que todos los políticos eran priistas para explicar con ello su formación, la posible experiencia que adquirieran, sus valores y sus propósitos, que, como consecuencia obligada de tal descripción, carecían de cualquier cualidad. La idea weberiana de la política como vocación se sustituía plenamente por la del interés particular. Sin objetivos, la política no era ni profesión ni formación. Hubo un periodo cuando algunos autores como Peter Smith y Roderic Ai Camp asumieron que no bastaba esta explicación y emprendieron estudios sobre trayectorias, valores y formación cultural; sin embargo, no lograron abrir el camino para la investigación del

⁴ Daniel Cosío Villegas, *El estilo personal de gobernar*, Joaquín Mortiz, México, 1974, pp. 8-9. En realidad, este texto forma parte de una trilogía iniciada con *El sistema político mexicano* (Joaquín Mortiz, México, 1972) y terminada con *La sucesión presidencial* (Joaquín Mortiz, México, 1975). Como puede observarse, fácilmente, los libros coinciden con el gobierno de Echeverría (1970-1976), lo que sin duda fue determinante para las generalizaciones del autor. En el prólogo del último libro Cosío declara que los tres son “una secuencia lógica” para demostrar el comportamiento de “ese ser extraordinario que bien podría llamarse ‘emperador sexenal’” (p. 7). No, en última instancia, de Luis Echeverría, sino de los presidentes priistas.